

Visiones y sueños

Por

Fernando Carballo

AMOR

“Sus ojos acarician, pero lo hacen con dulzura. Cuando sonrío, parece que se encendiera una luz en su cara. Cuando habla, se siente como un arrullo; cuando discute fuerte, una tormenta eléctrica. Cuando susurra, sientes un pañuelo de terciopelo sobre tu corazón. Si se aleja, te sientes desgraciado. Si se acerca, lleno de vida. Cuando te acaricia, la sensación de toque persiste, y la suavidad de su contacto despierta sentimientos insospechados en uno mismo.”

“Si te mira en silencio, sus ojos dicen mil cosas. Cuando reposa, deseas reposar junto a ella, tal es la sensación de comodidad que inspira. Cada palabra cariñosa que brota de la dulce miel de sus labios es un éxtasis indefinible; cada recriminación, el golpe más bajo. Pero ella no recrimina casi nunca, oh no.”

“Sus curvas agradables y llenas te invitan a seguirla con la mirada y las manos. Su forma de desperezarse recuerda a un gato feliz. Es un deseo inconfesable tenerla en tus brazos, pero más puede el amor que el deseo. La miras, radiante, bella, llena de vida. Es una de las más hermosas obras de la Creación. Nunca nada se podrá comparar a algo como ella, capaz de provocar un amor tan profundo. Quisiera decirle... pero no me entendería. El amor que ella provoca, yo no puedo devolvérselo.”

“La miras una y otra vez. Ella es tuya. No te ama, pero es tuya. Eso dijo por signos. Y yo debo sufrir, mientras ella vive contigo, en tu hogar, oculta a los ojos de los demás, celoso como estás de que alguien más sienta ese amor feliz e infeliz.”

“Aunque sea tan diferente, la amo, como tú. Sus dos brazos y dos piernas parecen pequeños e inútiles, pero la armonía de su cuerpo suple cualquier defecto con respecto a su morfología. Ahora está cubriendo los conos a la altura de su tórax, con los que se supone que alimenta a sus hijos cuando salen de su interior.”

“Te dejo esta grabación para que entiendas por qué hice lo que ves. Si un ser femenino de esa raza puede desquiciar así a dos de los mejores cerebros de este planeta, es conveniente que destruya la máquina dimensional, a esta nuestra amada, y a mí mismo. Cuando termines de oír esta grabación, todo el edificio volará en pedazos. Te abraza con todas las extremidades, como un amigo que soy, Hirdlck.”

Cuando Birdilsh terminó de escuchar la grabación, estiró uno de sus brazos marrones hacia el comunicador, pero la bomba de desintegración actuó tal y como Hirdlck la había programado, borrando todo signo de la existencia del transportador dimensional...para siempre.

En la Tierra, tras un año de búsqueda afanosa, Marcelo Torres abandonó todo intento de encontrar a su prometida, Adriana Santaya, conociendo poco tiempo después a una chica que le agradó mucho, y con la que se casó casi un año más tarde.

LA PROXIMA AVENTURA

Graciela desabrochó el cinto de armas y lo dejó caer. La bandolera de municiones siguió el camino del cinto. Tras ella, sus compañeros la miraban con mezcla de desconcierto y miedo. Habían luchado junto a ella muchas veces, pero nunca habían presenciado una explosión de violencia asesina como la de ese día.

Con una sonrisa triste, Graciela se volvió hacia ellos: Carlos, el gigante; Silvia, Cacho y Andrés, todos lastimados. Marcia con las manos quemadas por un cañón; Marcos, vendando su pierna. Todos los demás, pocos en general. Una docena de soldados, de amigos.

- Bien, chicos, creo que es el final.

Un estremecimiento recorrió el grupo: Temían lo que fuera a decir.

- Hasta aquí llegué. Renuncio.- un gran alivio la invadió.- He matado para vengar a mi esposo e hija. He sido líder de este grupo mercenario por tres años, y ya no tiene sentido continuar. Nunca me creí capaz de asesinar como lo he hecho hoy.- su voz se elevó sobre el rumor del viento en los árboles cercanos. Su rojiza melena destelló bajo los rayos del sol del atardecer.

- He sido sanguinaria, he torturado con placer. Ahora mis armas me dan repulsión. Así que renuncio. Nada que digan me podrá hacer cambiar de opinión. Adiós, amigos.

Ante los azorados ojos de su brigada mercenaria, Graciela Santiago Vilar caminó lentamente hacia los jeeps de combate, y desmontando la ametralladora trasera de uno de ellos, partió sin mirar atrás.

"He vivido como un soldado durante años, mi familia incluida.", pensaba mientras las ruedas levantaban el polvo del camino. "Ahora tengo otra vida que vivir, nueva en su totalidad. Una vida de civil, pacífica, que tendré que conocer de nuevo." De

repente se rió, con una risa triste pero limpia. Acababa de darse cuenta de la broma que se había jugado a sí misma. "Cuando tiré las armas, creí que había terminado la última aventura de mi vida. Pero la última será la próxima, vivir como persona normal. Sí, señor, toda una aventura." El jeep se perdió por el camino, en dirección a la gran ciudad, acompañado por una sincera carcajada.

BESTIAS

Sensaciones. Rodeando. Envolviendo. Manos frías del viento, suave roce de las hojas. Aves trinando en el límite de la audición. El olor suave de los eucaliptos llena las fosas nasales, mezclado con el penetrante aroma de la tierra húmeda.

Separando los dedos, trata de atrapar el aire crispando las garras. Huye, efímero, elevando las otoñales hojas hacia el cielo turquesa. Los ojos se abren, pupilas dilatadas para captar el remolino de fugaces rojos y pardos que se aleja de ella.

Un nuevo olor, el del pasto pisoteado bajo sus pies, asalta sus sentidos. Perdida la acariciante brisa, los rayos solares cubren con una capa de calidez el hirsuto cuerpo. Percibe los músculos de sus piernas, bajo la piel, moviéndose como sabuesos ansiosos bajo la trailla al oler la presa. Su mirada pasa por arriba de los árboles, hacia una lejana golondrina. Casualmente, sus ojos se posan sobre una mariposa que se sumerge en el verde mar de las copas de los árboles.

El rascar del lomo de un zorro contra un tronco llega a su oído. Crujido de hojas, la defecación del pequeño predador, al bajar los ojos un atisbo del pelaje dorado.

Su boca, reseca, reclama agua. Pero paciencia. La espera será recompensada. La presa saldrá de su guarida, y un golpe certero de su pata llena de garras hará que todo termine en un santiamén.

De pronto, algo nuevo. Pisadas de pies descuidados, faltos de la sutileza de los pies animales. ¡Cazadores humanos! La brisa volvió a soplar contra su cara, captando el aroma de cosas artificiales que nunca conocería, y que herían su olfato.

El temor arraigado en su alma tras varias generaciones de persecución incomprensible para ella, emergió y creció hasta transformarse en pavor, hasta el extremo de paralizarla. Deseaba levantarse, huir, correr a través del bosque a gran velocidad, sintiendo el aire silbar en sus oídos, las pequeñas ramas azotando sus costados, sus músculos moviéndose como serpientes bajo la piel otrora suave y lampiña.

“Los humanos matan”. Ese había sido siempre el mensaje entre todos los seres del bosque, y entre los de su raza. “Evita a los humanos.”era el consejo de su poderosa y bestial madre. Un fuerte crujido, reconocible como perteneciente a las armas humanas, la llevó más allá de la parálisis y sus músculos, respondiendo al fin, la impulsaron a través de los arbustos y alejándose de la muerte encarnada en las extremidades artificiales de los humanos.

Su corazón latía desesperadamente, las cuatro cavidades estirándose hasta límites peligrosos, a punto de estallar. Los sonidos de ramas quebrándose, el resuello

perdido, la sangre bombeando por las venas, era todo lo que podía oír. Su olfato captaba únicamente el miedo que salía por los poros, sus ojos ya no veían nada más que lo que tenía inmediatamente al frente.

Sintió un golpe en el costado del lado del corazón, lo bastante fuerte para hacerle caer. El calor que sentía en el lugar del golpe comenzó a expandirse, y el terror se difuminó, dejando paso al dolor.

Presintió a los humanos más allá del velo de dolor que nublaba sus sentidos. Antes de morir apreció sus narices pequeñas, rosas y chatas, tembló al verlos relamerse, sus ásperas lenguas recorriendo de lado a lado la boca llena de afilados colmillos. Sabía que habían disfrutado de la cacería, lo notaba en las normalmente paradas orejas triangulares, ahora aplastadas contra el cráneo, y las muecas que hacían que sus peludos pómulos se levantaran, casi ocultando los ojos rasgados y las pupilas completamente dilatadas. Giró su cabeza con un esfuerzo que le quitó el resto de sus energías. Pudo ver el cielo, y su último aliento voló libre llevando la última palabra que pudo emitir: "Mamá..."

LA CACERIA NOCTURNA

Era una calle oscura y extraña, llena de niebla y ecos que se enredaban en los edificios y devolvían el ruido de cada paso de la mujer, que avanzaba a ritmo firme hacia la esquina perdida entre los jirones de gris. De la entrada a un callejón salió una débil luz danzante, probablemente un fuego dejado por algún mendigo, si no fuera por su color, un enfermizo y fluctuante verde azulado. Era bastante difícil el vislumbrarlo a través de los vapores y las sombras de la noche, pero la curiosidad de la mujer por lo extraño de la luz fue más fuerte que su deseo de llegar a casa y ser recibida con alegría por sus dos perros pekineses. Se acercó con paso vacilante a la entrada, abierta como la boca de un monstruo de leyenda dispuesto a devorarla, y aventuró un tímido "Hola".

Un hombre fornido y cansado que caminaba unos veinte metros detrás vio una delgada y alta mujer con un abrigo verde oscuro y largo pelo negro que entraba en el callejón. Fue una sorpresa para el hombre el darse cuenta tan fácilmente de los detalles a pesar de la visibilidad, pero no se detuvo a preguntarse sobre ello cuando vio la misma luz esparciéndose por los fríos brazos de la niebla, una fiera informe que devoraba la ciudad, su calor y su ruido. Con mucho cuidado, como un caracol arrastrándose, reservando las fuerzas que le quedaban tras un agotador día de trabajo, el hombre de mediana edad se aproximó al callejón y echó un cauteloso ojo gris a lo que estaba sucediendo allí.

La mujer estaba intentando quitarse del cuello las manos de un hombre grande vestido de oscuro con un sombrero cuya sombra le tapaba la cara. Los sofocos de la mujer no podían oírse, pero aún se debatía, y al girar para evitar perder el agarre, la luz malsana que surgía de la lámpara en el suelo iluminó la expresión de alegría salvaje del mendigo, la lengua fuera, babeante, y los pocos dientes que tenía se veían gracias a una loca carcajada muda. "¡Oiga!;Déjela!", gritó el hombre errante saltando hacia adelante. El mendigo lo miró con una expresión distorsionada de manera increíble, locura mezcla con terror, y salió huyendo cubierto por una pared de niebla.

Tras revisar que la mujer estuviera viva, el hombre le hizo un gesto para que se calmara y se lanzó a la noche amortajada, esta vez con pasos largos y firmes. Sin planearlo realmente, había comenzado la cacería. Los únicos ruidos que se oían eran los pasos y la respiración rápida además de alguna sirena o bocina lejanas, y aún estos ruidos se veían ahogados por el bosque de edificios que se perdían arriba en la oscuridad y la neblina. La ciudad estaba dormida. Siguió por el callejón, esquivando

cuerpos de otros mendigos que dormían o sólo buscaban olvidar con una botella de algo con fuerte olor y alto octanaje. Repentinamente, un alarido de agonía y sus ecos rebotaron por la ciudad soñadora. El cazador dobló a la derecha la siguiente esquina, saliendo a otro callejón más amplio, y quedó helado, siendo testigo de una tragedia por segunda vez esa noche. Una forma vagamente humana que parecía estar hecha de niebla sostenía al mendigo. Sus brazos parecían salir del aire mismo, y su cabeza giró para mirarlo, o eso le pareció. La noche negra lo miró a través de esos ojos inexistentes pero que sentía taladrar su alma. Los contornos de la figura variaban como si una brisa jugara con el cuerpo. El mendigo se debatía cada vez más débilmente. Intentaba golpear el brazo, pero su mano atravesaba sin dañar el gris oscuro que era el humo que formaba a su asesino. Gritó una vez más, y fue su último aliento. Cayó completamente muerto, y un viento repentino venido de ninguna parte dispersó la forma en la niebla, tras una última mirada de despedida al hombre, que se tuvo que apoyar en una pared que encontró dando tumbos para evitar que los temblores que sentía lo hicieran caer. Cuando se pudo controlar, volvió con cuidado hacia donde había quedado la mujer, pero las manos del hombre seguían temblando. Ahora sabía, y no era nada agradable saberlo. No solo los hombres cazaban víctimas inocentes en las noches de la ciudad. Algo más estaba ahí. El hombre ya tenía un predador natural además de sí mismo, y estaba suelto en la jungla de cemento.

Dedicado con cariño a Kolchak, el Periodista de lo Imposible

LEYENDAS

Los tres guerreros saltaron desde su posición en medio de la banda de orcos. Starhunter entonó las sílabas de un hechizo de área que enviaría una descarga eléctrica a los que lo rodeaban. Marca Mortal y Ojo Agudo se alejaron de su compañero segundo brazos, cabezas y vidas, el primero con sus dos espadas cortas de plata y el segundo con su legendaria espada de dos manos Crishaltia. Los orcos más cercanos a Starhunter recibieron el hechizo y se sumieron en una danza convulsionada que finalizaría con su muerte. Los gritos de los orcos se confundieron con el Grito Ritual de Ojo Agudo y los insultos creativos de Marca Mortal, mientras el camino se iba tiñendo de rojo oscuro a causa de la lluvia de sangre de orco. El líder del grupo orco se apartó unos pasos, dejando que sus hombres murieran sin mover un dedo. Cuando la escena se detuvo, el cuadro era realmente sangriento. Dieciseis cadáveres yacían en el camino, las espadas gemelas de Marca Mortal eran tan rojas como las mangas de Ojo Agudo, pero Crishaltia había absorbido con su magia toda la sangre que le habían dado a beber, y brillaba al sol del mediodía. Los tres guerreros miraron al enemigo restante, que comenzó a cambiar de forma, poniéndose de un tono azulado. Starhunter lanzó un rayo de oscuridad, producto de sus estudios de la Magia Oscura. Dando de lleno en el extraño ser, el rayo se diseminó en un ramo de zarcillos oscuros, y su difusa forma adquirió consistencia.

-Supiste ver a través de mi disfraz, Adepto. Sin embargo - y sonrió mostrando cuatro hileras de dientes, mientras chispas eléctricas saltaban de punta a punta de su afilada cresta, y las protuberancias afiladas de sus brazos crecían hasta ser largas como espadas – dudo que tengas fuerza suficiente para sobrevivir a ese conocimiento.

¿Qué es esa cosa?- preguntó Marca Mortal, mientras sus espadas goteaban sangre orca en un charco.

Un demonio de Caos – contestó Starhunter mientras su mente buscaba frenética los hechizos que pudieran vencer al ente que había descubierto – Un demonio capaz de formar una tormenta eléctrica, un Fitzeraí.

Pues tendremos que vencerlo, compañeros. Obviamente es él o nosotros.- Ojo Agudo clavó la espada en el camino y tomó el arco de hueso de dragón. Una flecha

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

